

Presentación

Cuando casi por milagro liberaron a mi padre y tuvimos que dejar nuestra casa y nuestro país, a fines de mayo de 1976, rumbo a un futuro más que incierto pero que nos garantizara seguir con vida, construimos dos grandes baúles y pusimos en ellos todo lo que pudimos. El maravilloso sentido práctico de mi madre dispuso que lleváramos a España la máquina de coser, ropa de invierno y verano, sábanas, frazadas, el lavarropas, ollas, platos, cacerolas, sartenes, cucharas, cuchillos, tenedores; los utensilios de uso cotidiano para un hogar en el que viven cuatro personas. Fue así no sólo por la razón fundamental de que no disponíamos de medios para volver a comprar esas cosas al llegar a Madrid, sino también porque era un poco como no perderlo todo de golpe. Aún hoy quedan restos de la vajilla y frazadas que seguimos usando y sin duda nos sobrevivirán. Además de los baúles había una viola, dos guitarras, partituras, dos máquinas de escribir, una de sacar fotos, una ampliadora pesadísima, una caja de herramientas (martillo, tenazas, pinzas, llave inglesa, sierra y serrucho), muy pocos libros y una caja pequeña con los negativos que mi padre había tomado allá durante quince años. Con el tiempo esa caja aumentó su contenido, incorporando más negativos de fotos posteriores. Esa cajita está desde hace ya casi cuarenta años en un estante, a pocos centímetros de las partituras y libros de Haroldo Conti, Juan Rulfo, Augusto Monterroso, Manuel Scorza (y muchísimos más), firmados y dedicados por sus autores que, cual Granaderos de San Martín, la escoltan y protegen.

Hace unos pocos meses, una tarde que volví del trabajo particularmente cansado y con ganas de acostarme temprano, me di con la sorpresa de encontrar en el buzón de correos muchos de estos negativos que Diego había digitalizado en Poitiers poco tiempo antes. Decidí abrir solamente algunos documentos, con la intención de ver los demás lúcido y despejado al día siguiente, pero la alegría y la emoción pudieron más que la fatiga y cuando había llegado a ver apenas un poco más de la mitad me di cuenta de que ya empezaban a cantar los gallos. Igual que cuentan algunas personas que dicen haber sido “abducidas” por extraterrestres, lo mismo me pasó esa noche, al entrar en el túnel del tiempo y volver cuarenta años atrás en mi vida. Recuerdo casi todos los momentos y seres vivos que han quedado fijados en estas instantáneas, que el celuloide y la amorosa memoria que profesamos mi hermana, mi madre y yo hacia quien gatilló una y otra vez su *Canon* han conservado en esa caja hasta este momento en que muchas de ellas se hacen públicas.

Podría dar detalles y circunstancias de todas y cada una de estas imágenes, pero los textos de Diego me parecen excelentes y yo no agregaría nada sustancial. Sólo podría decir que casi siempre que por casualidad veía algo que consideraba digno de ser fijado, mi padre volvía rápido a casa para buscar su máquina (que estaba siempre lista y cargada con película) y salía a tomar esa foto. Por esa razón existen algunas tan lindas, como la del burrito “estacionado” frente a ese edificio público en el lugar reservado “para vehículos oficiales”, o esa otra espeluznante de la vaquita que es puro hueso esperando que caigan unas gotas de agua de ese surtidor público, en las afueras de la ciudad de La Rioja, es decir a unas diez cuadras del centro, adonde no llegaba el agua potable entonces (no lo sé ahora).

Evidentemente fue muy fuerte para mí encontrarme con las únicas fotos que no conocía: las de mi hermana Beatriz. Al no vivir yo en Madrid desde 1987 no había tenido la oportunidad de “descubrirlas” hasta ahora... Me gusta especialmente una donde ella está comiendo una naranja; mi abuelo (de *infelice* memoria) la mira, y yo miro a mi padre que toca algo en la guitarra. No la tomó él, obviamente; muy probablemente mi madre lo hizo, lo que viene a demostrar una vez más que detrás de un gran hombre hay casi siempre una gran mujer.

Celebro y festejo que estas imágenes no se las lleve el olvido y agradezco infinitamente a Diego Vigna (así como a su mentor, el escritor y docente amigo nuestro, Marcelo Casarin) por este estupendo e inteligente trabajo que aporta mucho para una comprensión más cabal y completa de la obra de mi padre. Que lo disfruten.

Ricardo Moyano
Estambul, diciembre de 2014

